



PEDRO MADUENO

Antoni Pitxot inauguró ayer su exposición *La memòria i el temps* en Can Framis, en la calle Roc Boronat de Barcelona

Pitxot regresa a Barcelona con una síntesis de 50 años de arte

El artista de Cadaqués expone 26 obras en Can Framis

JOSEP PLAYÀ MASET
Barcelona

En 1966 Antoni Pitxot tomó la drástica resolución de abandonar Barcelona e irse a vivir a Cadaqués, donde su familia tenía una casa desde finales del siglo XIX. Un aislamiento que coincidió con el abandono de un estilo más convencional, a mitad de camino entre el realismo y el impresionismo, para adentrarse en un universo personal, unido a ese entorno mineral y atávico del Cap de Creus.

Las piedras se convierten desde entonces en la letra de un lenguaje pictórico propio. Y su obra abandonó el realismo para acercarse a un cosmos mitológico y onírico. Fue un "acto heroico", como lo definió ayer mismo Antoni Pitxot, en Barcelona, donde ha vuelto para presentar en Can Framis (Fundació Vila Casas) la que considera una de sus mejores exposiciones ("hasta hoy Barcelona no me había tratado demasiado bien", se le escapó, a pesar de su flema diplomática).

La memòria i el temps es el título de esta muestra, comisariada por Glòria Bosch i Mir y abierta del 24 de abril al 20 de julio (con un catálogo con textos de Daniel Giralt-Miracle y Mariona Se-

guranyes). Son 26 obras y arrancan con *Paisaje de rocas con pez* (1965), la pintura que da entrada a esa nueva etapa. "Es quizás mi cuadro más misterioso, donde ya aparece ese paisaje de piedras, pero donde se ve una lubina que asoma la cabeza y se le cae la baba. Los pescadores de Cadaqués me decían: Que un llobarro treguè es cap de l'aigua no passa mai. Y con este pez me voy sintiendo cada vez más identificado", dice Pitxot en tono enigmático. Casi

"Los accidentes son sagrados, quiero que un día pintes a Giorgione", le dijo Dalí

medio siglo después ha pintado *Escenari* (2013), donde aparecen distintos elementos que han marcado la obra de sus últimos años: las figuras de Mne-mosyne y el violonchelista, Ariadna y el toro fenicio, Afrodita, "la caja donde encierro la melancolía" y un biombo detrás del cual aparece un retrato de su padre. "Ricard Pitxot, mi padre, estudió música desde muy joven con Pau

Casals. El maestro le dijo que para foguearse debía actuar en público y le buscó escenario en el café-cabaret des Italiens de París. Se trataba de entretener a los clientes, una parte de los cuales estaban parapetados detrás de unos biombos. Un día el camarero le dijo que en una mesa pedían una pieza de Mendelssohn y Ricard, que solo contaba con 15 años, improvisó al violonchelo con cierta frivolidad, imaginando lo poco que le debía importar la música a aquel cliente. De pronto notó que alguien, por detrás, le agarraba de las orejas. Era Pau Casals. "No me digas nada, ya sé lo que debes pensar de todo esto, pero no te lo permito. El arte no se puede deformar ni deteriorar". Fue toda una lección de ética y estética. por eso, el biombo aparece en ese óleo".

Entre una y otra pintura, la exposición ofrece una síntesis de la producción de Pitxot, con homenajes explícitos a dos obras de referencia: *La tempestad*, de Giorgione, y *La batalla de Constantino*, de Rafael. "Obedecen a comentarios de Dalí, que le fascinaban. Aún me acuerdo del día que estábamos en la terraza del café Astoria de Figueres. De pronto oscureció, cayó un chubasco de verano y luego un relámpago. Dalí dio un bote, como si levitase, y nos refugiábamos en el interior. Entonces me dijo: 'Los accidentes son sagrados, quiero que un día pintes a Giorgione'". Sobre la obra de Rafael, le dijo: "Lo que tienes que hacer es recoger esas piedras redondas, subirlas al taller y dejarlas caer sobre la mesa, sin tocar nada te aparecerá la batalla de Constantino". No es una fantasía, Pitxot ordena primero las piedras y los trozos de cerámica devueltos por el mar, luego construye con ellas las figuras y los paisajes y finalmente pinta.

Una fotografía gigante de Pedro Madueno acompaña en Can Framis a sus obras. Sólo se ven las manos de Pitxot entrelazadas en la espalda, sosteniendo las últimas piedras recogidas en la orilla, junto a su casa. Es el complemento perfecto para explicar la memoria mineral de sus pinturas. ●

Los tres premios Vila Casas

■ La Fundació Vila Casas presentó también ayer la muestra temporal dedicada a los tres ganadores del premio de Pintura 2013, que recayó en Jordi Lafon, Lidia Masllorens y Palou (Silvia Martínez-Palou). "El jurado decidió repartir el premio en tres accésits que valoran tanto la diferencia como la calidad", señaló Glòria Bosch i Lafon (Barcelona, 1967) muestra piezas que son la deconstrucción de sus objetos cotidianos de pintor. Como un cavallette troceado, cuyos trozos

de madera forman ahora un paisaje. Masllorens (Caldes de Malavella, 1967) trabaja con pintura acrílica negra y leña que esparce sobre la tela hasta que logra mostrar emociones, tan expresivas como ese *Orgasme I*. Palou (Barcelona, 1961) presenta unos grabados que parten de proyectos arquitectónicos de Josep Lluís Sert, Le Corbusier y Francesc Mitjans (edificio Seida, de Barcelona). Son fachadas donde superpone la obra del arquitecto junto a la presencia humana.